



XIV

la entrada de una aldehuela humilde les sorprendió la obscuridad. Las casas, más que dormidas, parecían muertas; los fuegos estaban apagados y bien cerradas las puertas y ventanas. Solamente el mesón, gracias á un ventanuco abierto como ojo de guardián fijo en las tinieblas, daba señal de vida.

Descabalgaron los veinticuatro paladines y llamaron ruidosamente á la puerta. A la gritería de los ca-

balleros, el crujir de las armas y el impaciente patear de los caballos, se abrió del todo la puerta, y la mesonera, matrona opulenta, salió á dar la bienvenida á tan gloriosos huéspedes.

Para tan gran compañía no había lechos en el mesón; pero ¡qué importaba! Ahora la lluvia caía á torrentes, el trueno rugía cada vez con más fuerza y la noche era negra como boca de lobo. El mistral, enfurecido más y más, arrancaba de raíz las encinas centenarias, y los caballos no podían dar un paso más.

— ¡Hola, mesonera! ¡No os preocupéis por tan poca cosa! Noches mucho peores hemos pasado sin cama donde podernos echar ni mal techo que pudiese cubrirnos; gracias al buen Dios, todo está ya lejos, y demasiado nos holgará de hoy en adelante dormir en lecho de pluma.

¡No es buen lecho lo que nos conviene! Si tenéis troncos en la leñera y en la despensa buen recaudo de vino, ya no necesitamos más para esperar el día.

Entonces nos separaremos en paz y en gracia de Dios, para volver cada uno á su castillo y abrazar á su dama y señora. Y si juntos hemos sufrido los rigores de la campaña, justo es que juntos bebamos el último sorbo de hermanos de armas.

Afortunadamente, si en el mesón faltan lechos, no escasean troncos de encina ni botas repletas del buen vino de la tierra. El hogar arde como un infierno; las mesas se cubren de jarros y vasijas, tazas y tazones, y los caballeros, avivados por el loco temblor de la llama que les hace revivir los recuerdos infantiles, empiezan á llenar y vaciar tazas y más tazas y á reír y á cantar. ¡Y después, otra vez á cantar, beber y reír!

¡Si las canciones de la patria calien-

tan la sangre, el vino de la tierra la calienta más todavía! ¡Y con un calor mucho más dulce que aquel que empuja á los combates, á herir y matar, á vencer ó morir! ¡Viva el vino de la tierra, que es la savia de la patria mezclada con la sangre de nuestros abuelos!

Y el vino va saltando en cascadas de las jarras á las tazas, de las tazas á las bocas; va manando sin fin, chispeante de oro al reflejo de la gran llamarada del hogar que sube y baja, se eleva y se abate, bracea aquí y allá como si fuese ella quien trasegase todo aquel vino que se desborda.

— Bebed, bebed sin temor, grandes señores — grita alegremente la posadera —, que los toneles no quedarán mal.

El vino va manando sin dar señal de querer parar; pero, ¡ay!, las canciones se han acabado pronto en los labios de los caballeros.

— Yo sabía otra canción... pero la he olvidado, sin que pueda recordar ni una sola estrofa. ¡Ha pasado tanto tiempo!

— También yo sabía otra, y muy llena de malicias, pero debo de haberla perdido por los campos de batalla. Por más que inquiero en todos los rincones de mi memoria, no la encuentro por ninguna parte.

— Saber, también sabía yo... pero se me confunden los recuerdos, se me mezclan como las legumbres en la buena olla: suben y bajan y dan vueltas, y el dia-

blo que separe las coles de las acelgas.

Y todos los caballeros ríen, pero sus risas succenan á vacío; quieren mentir la melancolía... la falta de alguna cosa.



XV

¡IRAD si es caso! En un rincón de la cocina, los pies en el fuego, los codos en las rodillas y las manos extendidas, abrigado todavía en su capa despedazada y todavía temblando, se calienta al fuego una sombra encogida. Es un pobre trovador que acaba de llegar no hace mucho, tan mojado por la lluvia, tan combatido por el viento y por el frío, que ni alientos ha teñido al entrar para desear la santa y buena noche.

¡Después de todo, era lo mismo! ¿Quién habría reparado en él? ¿Quién, entre aquel escándalo de carcajadas y de gritería, habría oído su voz de avecilla medio muerta por el frío?

— ¡Hola, rui señor! — le gritó un caballero poniéndole la manaza fuerte sobre la espalda —. Rui señorcito friolero, descuelga tu laúd y acércate; sé de los nuestros, que todos estos señores te dan consentimiento; acércate y cántanos tantas canciones como sepas,

